

que los indios tienen, é que otros traen ballestas con que de lexos tiran, é de cada saetada matan un hombre é dos si los toman juntos, é tiros de fuego que tiran unas piedras ardiendo, que matan mucha gente. Y ellos me dixeron que todo era nada, que eran poquitos los chripstianos é los caballos no traian armas, é que luego los matarian con sus lanças: é yo les dixé que no aprovechaba nada, porque tenían los cueros muy duros, é que las lanças suyas no podrian entrar en ellos, que luego se quebraban. É dixéronme que de los tiros de fuego no traíades más de dos, que ya lo sabian: é al tiempo que me quería venir, les rogué que me dexassen ver á Atabaliba, pues que sus mensajeros vian é hablaban al gobernador, que era mejor quel; é no quisieron, é assi me vine. Mira si tengo raçon de matar á este bellaco, porque seyendo un indio leñador de Atabaliba, como me han dicho ques, habla contigo quanto quiere é come á tu mesa; é yo yba por tu mensajero, que eres bueno, mejor que su señor, é soy hombre principal, y no me quisieron dexar hablalle ni darme de comer, é con buenas raçones me defendí que no me matassen.»

El mensajero de Atabaliba, confuso é atemorizado, respondió como espantado de ver cómo aquel principal hablaba con tanta osadia, é dixo assi:—«Si no está la gente en el pueblo de Caxamalca, es por dexar las casas vacias, en que los españoles se apossenten; é si Atabaliba está en el campo apossentado con su gente es

porque assi lo tiene por costumbre despues que començó la guerra: é á la saçon que esse tu mensajero llegó, mi señor Atabaliba ayunaba á su dios, como lo acostumbamos, é no se lo dexarian ver, porque los dias que estamos en ayuno, no se ha de hablar con alguna persona. Y estando Atabaliba retraydo, no sabia del mensajero ni ninguno osaria haçérselo saber; porque si él lo supiera, él lo hiciéramos llamar é le mandáramos dar de comer.» Otras muchas raçones dixo, asegurando que Atabaliba estaba esperando de paçes, y en satisfaccion y excusa del mal contentamiento quel otro indio avia traydo, colorando lo mejor quel pudo las sospechas que se podian tener de lo que dicho.

El gobernador respondió que bien creía que era assi, como él decía, porque no tenía menos confianza de su hermano Atabaliba, é no dexó de haçelle de ahí adelante tan buen tractamiento como de antes. É riñó con el principal su mensajero, por dalle á entender que le pessaba averle aquel tractado mal en su pressencia, teniendo por otra parte por cierto todo lo quel principal le avia dicho, por el conocimiento quel gobernador tenía de las cautelas de los indios.

Otro dia por la mañana partió de allí el gobernador, é llegó á dormir á un llano de una savana, por poder entrar otro dia á medio dia en Caxamalca, que decían que estaba cerca; é allí vinieron mensajeros de Atabaliba con comida para los españoles.

## CAPITULO VI.

Cómo el gobernador llegó á Caxamalca, é de la disposiçon de aquel pueblo é sus fuerças é asiento de aquel valle, é de los templos de los indios en reverencia del sol, é de la manera de la gente é su traje, é del asiento del real de Atabaliba, é mensajeros que de una parte á otra ovo para concertar las vistas; é del raçonamiento que Atabaliba y Hernando Piçarro, hermano del gobernador, passaron, é cómo se concertó la vista para otro dia siguiente, é aquella noche estovieron los chripstianos con el recabdo é vela que fué necessario.

Otro dia en amanesciendo, partió el gobernador con su gente puesta en órden, é anduvo hasta una legua de Caxamalca, donde esperó la reçaça, porque venia algo atrás: é cómo fueron juntos, mandó que se armassen todos é sus caballos, é púsolos en mucho concierto para la entrada del pueblo en tres esquadrones ó pequeñas batallas, puesto quel número de todos aun era poco para un solo esquadron. Mas porque assi convenia, en la una parte destas yba su persona, y en las otras dos sendos capitanes; é desta manera caminó, enviando mensajeros á Atabaliba para que viniésses allí al pueblo á verse con él, hasta llegar á la entrada de Caxamalca, desde donde se vido estar el real de Atabaliba, como el principal lo avia dicho, apossentados en sus tiendas, en la halda de una sierra, una legua deste pueblo de Caxamalca.

Llegado, como es dicho, á Caxamalca (viernes á hora de visperas, que se contaron quince dias de noviembre de mill é quinientos é treynta é dos años), entró en una plaça grande que está en medio de aquel pueblo, cercada de casas de aposento é de tapias á manera de fuerça, é no se halló gente. É allí estuvo el gobernador con todos los que traía, y envió luego un mensajero á Atabaliba, haçiéndole saber cómo avia allí llegado é que le estaba esperando: que se viniésses á ver con él é á señalar dónde se apossentasse; y entretanto mandó ver el pueblo para saber si avia otra mejor fuerça, donde se apossentasse su real, é mandó á los espa-

ñoles que todos estuviésses en la plaça, los de caballo sin apearse hasta ver si Atabaliba venia: é visto el pueblo, no se halló mejor aposento que aquella plaça en que estaban.

Aquel pueblo es el principal del valle de Caxamalca, y está asentado en la halda de una sierra, é tiéndese mucha parte dél por lo llano del valle, que tiene una legua de tierra llana de través é de hierba corta á manera de praderia. Passan por este valle dos rios, é vá assi llano el valle mucha tierra, é todo poblado de pueblos, é de una parte é de otra cercado de sierras: podria aver en este pueblo hasta dos mill vecinos. Passan junto á la poblacion dos rios é tienen dos puentes: la plaça que dicho, es mayor que ninguna de las de España, é toda cercada con dos puertas que salen á las calles del pueblo. Las casas de aposento della son de más de doscientos passos en largo cada una, muy bien hechas, cercadas de tapias fuertes, de altura de tres estados las paredes, y el techo cubierto de paja é madera sobre las paredes de las casas. Están los aposentos desta plaça repartidos en ocho cuartos mejor hechos que los otros, las paredes dellos de canteria, muy bien labradas y encaladas, é cercados estos aposentos por sí con su muro de canteria é sus puertas, por donde entran á ellos; é dentro en los patios hay pilas de agua trayda de otra parte por caños para el servicio destas casas, que paresçen ser aposentos de señor. Por la delantera desta plaça, á la parte del campo,

está incorporada en la propia plaza una fortaleza de piedra, pequeña, que parece castillo, con una escalera ancha muy bien labrada de cantería, por donde suben desde la plaza á la fortaleza: é por la delantera della á la parte del campo está otra pequeña puerta con otra escalera angosta, todo sin salir de la cerca de la plaza: fuerza es bien hecha é de buena defensa. Sobre este pueblo en la ladera de la sierra, adonde comienzan las casas dél está otra fortaleza, asentada encima de un peñon, la mayor parte dél tajada la peña, y esta es mayor que esotra, cercada con tres cercas, hecha subida como caracol, porque quassi toda la fortaleza la van rodeando para subilla. Fuerças son que entre indios no se han visto otras tales como estas. Entre la sierra y esta plaza grande está otra plaza más pequeña, cercada toda de aposentos, y en ellos avia muchas mugeres, que estaban allí en servicio de Atabaliba. Cerca deste pueblo, antes de entrar en él, hay una casa muy bien hecha, cercada de un grand corral de tapias y en él arboleda puesta á mano: esta casa dicen ques del sol, porque en cada pueblo hacen sus templos é oratorios al sol.

Otros muchos oratorios hay en este pueblo de Caxamalca; é assi allí como en toda la tierra los tienen en mucha veneracion é acatamiento, é quando entran en ellos á hacer sus sacrificios, se quitan á la puerta sus çapatos. De todas las poblaciones, despues que se comienza á subir la sierra hacen mucha ventaja á toda la otra gente de la tierra que atrás les quedaba, porque es gente limpia é de mejor raçon, é las mugeres honestas; é todo lo que hacen é guisan es con mucha limpieza. Traen sobre la ropa que visten las mugeres, unas reatas anchas como la mano, é de más de quatro braças luengas, hechas de lana, muy labradas, faxadas por la barriga muy apretadas, é sobre esta ropa

é faxadura traen cubierta una manta corta desde la cabeça hasta media pierna, que quiere parecer mantillo de mugeres. Los hombres visten camisetas sin mangas é unas mantas cubiertas encima. Todas en sus casas tienen por exercicio texer lana é algodón, de que hacen la ropa que menester, é calçado para los hombres, de lana é algodón, hechos como çapatos.

Cómo el gobernador ovo estado mucho rato en esta plaza con los españoles, esperando que Atabaliba viniessse ó enviassse á le aposentar, é vido que no venia é se hacia ya tarde, envió un capitán con veynte de caballo á hablar á Atabaliba é decirle que viniessse á verse con él: al qual mandó que fuesse paçificamente, sin que con su gente tuviesse contienda alguna, aunque ellos lo quisiessen, salvo buenamente lo mejor quel pudiesse llegasse á hablar á Atabaliba, é con lo que respondiessse, tornasse.

Este capitán llegaria á medio camino del real de Atabaliba, quando el gobernador, desde la fortaleza de la plaza, vido adelante de las tiendas en el real muy grand número de gente en pié: é porque los que avia enviado no se viessen en detrimento, si los quisiessen ofender, é pudiesen más á su salvo salirse de entre tanta multitud é defenderse, envió otro capitán hermano suyo con otros veynte de caballo, al qual mandó que no hiciesen alboroto ni lo consintiesse.

Desde á poco despues que partieron estos capitanes, porque comenzó á llover é caer graniço, mandó el gobernador á los españoles que se aposentasen en los aposentos desta plaza, y el capitán del artilleria con los tiros en la fortaleza. Estando en esto, llegó un mensajero de Atabaliba á decir al gobernador que se aposentasse donde él quisiessse, con tanto que no subiesse á la fortaleza de la plaza, é quel no podia venir por estonçes, porque ayunaba. El gobernador le res-

pondió que assi se haria, é que á su hermano avia enviado á hablarle de su parte é á rogarle que viniessse á verse con él, porque tenia mucho desseo de verle é conosçerle, por las buenas nuevas que dél tenia; é con esta respuesta se tornó el mensajero.

El capitán Hernando Piçarro y los españoles que avian ydo á hablar á Atabaliba, volviéron en anochesciendo; é llegados ante el gobernador, dixerón que en el camino avian hallado un mal passo en una ciénega, que de antes pareçia aver estado hecho de calçada, porque desde el pueblo yba todo el camino ancho hecho de calçada de tierra é piedra hasta el real de Atabaliba, é como sobre los malos passos yba hecha calçada, la avian rompido en aquel mal passo, é con trabaxo lo passaron, desechándolo por otra parte. É que antes de llegar al real passaron dos rios, é por la delantera dél passaba otro rio que los indios le passaban por una puente; de manera que por aquella parte todo el real estaba cercado de agua: é quel capitán que primero avia ydo, llegado á aquella puente, dexó destotra parte del rio los que con él yban, porque los de la hueste no se alborotasen, é no quiso passar por la puente, porque el caballo no la hundiesse, é passó por el agua, llevando consigo la lengua. É passada aquella puente, estaba un grand escuadron de gente toda en pié, é passó por entrellos paçificamente; y llegado al aposento de Atabaliba, que junto con la puente un trecho estaba y delante dél en una plaçeta avia hasta quatroçientos indios que pareçia gente de guardia; é Atabaliba estaba á la puerta de su aposento, sentado en un asiento baxo, con muchos principales al rededor dél, é con mugeres en pié delante dél, que quassi lo rodeaban: é tenia una borla de lana, que pareçia de seda de muy fina grana, tan ancha como dos manos, puesta en la TOMO IV.

frente, assida con sus cordones de la cabeça, é le baxaba hasta junto á los ojos: la qual lo hacia muy más grave de lo quel era, los ojos puestos en tierra, sin alçarlos á mirar á parte alguna. É cómo llegó ante él este capitán, le dixo por la lengua quel era uno de los capitanes quel gobernador en su compañía traia, é venia de su parte á verle é á decir de su parte el mucho desseo que tenia de verse con él, é que si le pluguiesse yr á verlo, holgaria mucho el gobernador: é junto con esto le dixo otras buenas raçones; mas á cosa alguna no respondió ni alçó la cabeça á mirarle, salvo que un principal suyo, que á par dél estaba, respondió á lo quel capitán hablaba.

En esto llegó el otro capitán adonde avia el primero dexado la gente, é preguntóles por el capitán, é dixéronle:— «Allá está hablando con Atabaliba». É dexó allí su gente, como el otro lo avia hecho, é passó el rio; é llegando cerca de donde Atabaliba estaba, el capitán que con él estaba, dixole: «Este es hermano del gobernador: háblale, que viene á verte». Estonçes alçó los ojos el caçique (ó mejor diciendo príncipe é señor de muchos caçiques) é habló, é dixo:— «Maycabalico, un capitán que tengo en el rio de Turicaran, me envió á decir como tractábades mal á los caçiques, é que los echábades en cadenas, é me envió una collera de hierro, é me hiço saber quel avia muerto tres chripstianos é un caballo; pero yo huelgo de yr mañana á ver al gobernador, é quiero ser amigo de los chripstianos, porque son buenos». Hernando Piçarro le respondió, é dixo:— «Maycabalico es un bellaco, é á él é á todos los indios de aquel rio matara un chripstiano. ¿Cómo podia él matar chripstiano ni caballo, seyendo todos ellos unas gallinas? El gobernador ni los chripstianos no tractan mal á los caçiques ni á sus indios, si no quieren guerra con él, porque á los que

quieren ser sus amigos é son buenos, tráctalos muy bien, é á los que quieren guerra, se la haçe hasta destruylos. Y quando tú veas lo que haçen los chripstianos en la guerra, ayudádotte contra tus enemigos, conosçerás é verás cómo Maycabalico te mintió en todo quanto te envió á decir». Atabaliba dixo:—«Un caçique no me ha querido obedesçer: mis indios yrán con vosotros é haçelle heys la guerra». Respondióle Hernando Piçarro:—«Para un caçique, por mucha gente que tenga, no es menester que vayan tus indios, sino diez chripstianos de caballo yrán é lo destruyrán que no le dexen indio vivo». Atabaliba se rió é le dixo que bebiesen: los capitanes dixerón que ayudaban, por excusarse de beber su brevaçe; é importunados é rogados por Atabaliba, lo ovieron de haçer.

Luego vinieron ante él mugeres hermosas, bien dispuestas, con vassos de oro medianos, de altor de un palmo, gruesos y el oro fino, en que traian chicha (ó vino) de mahiz; é cómo Atabaliba las vido, alçó los ojos á ellas, sin les decir palabra alguna, é fuéronse presto é volvieron con otros vassos de oro fino más grandes, de altura de un cobdo é pessados, é con ellos les dieron á beber. É como ovieron bebido, se despidieron de Atabaliba, quedando conçertado que otro dia por la mañana vernia á verse con el gobernador. Estaba su real de tiéncias de

algodon assentadas en el campo en una halda de una serreçuela pequeña, é tomaban las tiendas una legua de tierra de luengo, y enmedio de todas ellas estaba la de Atabaliba. La gente estaba toda de fuera de las tiendas en pié, é sus armas hincadas en el campo delante de las tiendas, que son unas lanças luengas como picas. La gente de su exército era mucha: todos hombres bien dispuestos, mançebos é resçios, y embixados é pintados de otros betumes, como se usa entre la gente de guerra de aquellas partes; é segund lo que estos capitanes decían, les paresçió que avia más de treynta mill hombres en el real de Atabaliba.

Oydo por el gobernador lo que sus capitanes le dixerón que con Atabaliba avian conçertado, é la manera de su campo é gente, mandólos yr á repossar; é proveyó que aquella noche se hiçiesse de buena guarda é oviesse mucho recabdo en el real. Y su capitan general, que era el mesmo Hernando Piçarro, su hermano, entendió luego en ello, é requirió á sus tiempos las rondas é velas, é con mucho aviso se hiço la guarda toda la noche, como convino en torno del real, assi de hombres de pié como de caballo, por sus quartos, hasta que esclareçió el siguiente dia, sábado diez é seys dias de noviembre, año de la natividad de nuestro Redemptor de mill é quinientos é treynta y dos años.

## CAPITULO VII.

Cómo el grand príncipe Atabaliba vino á Caxamalca á se ver con el gobernador Francisco Piçarro; é cómo fué presso Atabaliba é mucha de su gente muerta é pressa, é fué desbaratado su grand exército; é de los mensajes é otras cosas que passaron aquel dia, é otras cosas permitidas á la verdadera historia.

El sábado siguiente, que era el dia asignado para verse Atabaliba con el gobernador Francisco Piçarro, como más largamente la historia lo ha dicho en el capítulo preçedente, bien de mañana vino

al gobernador un mensajero de Atabaliba, é le dixo assi:—«Mi señor Atabaliba te envia decir qué queda de partida aderesçándose para venirte á ver, é que quiere traer consigo su gente de guerra

armada, pues que tú enviaste ayer la tuya á verlo con sus armas, é diçe que le envíes un chripstiano con quien venga». El gobernador le respondió:—«Vuelve, é dile que venga enhorabuena como él quisiere: que de la manera qué viniere le resçebiré por amigo y hermano, é que no le envío chripstiano, porque no se usa entre nosotros enviallo un señor á otro».

Con esta respuesta se tornó luego aquel mensajero, el qual seria ya llegado al real de Atabaliba, quando las atalayas que sobre la fortaleça estaban, vieron salir dél mucha gente háçia Caxamalca. É desde á poco rato llegó otro mensajero ante el gobernador, é dixo que Atabaliba, su señor, le enviaba á decir que no queria traer su gente de guerra armada; porque aunque viniessen con su persona mucha gente, vernian sin armas, porque los queria traer consigo é apossentallos en este pueblo, é que le aderesçassen un aposento de los de aquella plaça donde él possasse, é que fuesse una casa que se llama de la *Sierpe*, porque tiene dentro una sierpe muy grande de piedra. El gobernador le respondió que assi se haria, que viniessen presto, que tenia mucho desseo de verlo; é assi volvió este mensajero.

Todavía salia mucha gente del real, y en poco proçesso de tiempo vieron venir el campo lleno de gente, reparándose á cada passo y esperando á otra que del real salia; é assi turó todo el dia el venir la gente por aquel camino hasta la tarde, que paresçia que toda la tierra cubrian; é venian repartidos en muchos esquadrones. Passados todos los malos passos, assentaron en aquel campo, çerca del real de los chripstianos, quassi una milla dél, é todavia salia é venia más gente del real contrario.

El gobernador mandó á los españoles que secretamente é sin alboroto se armassen é tuviessen sus caballos ensillados é á punto y estuviessen repartidos en tres

capitanias, sin que ninguno saliesse de su possada á la plaça: é mandó al capitan de la artilleria que tuviesse los tiros asettados háçia el campo de Atabaliba, é quando viesse que convenia que les pudiesse fuego. Y en las calles que entran en la plaça, mandó estar gente de pié, porque si oviesse çelada por las espaldas, estuviesse todo prevenido é hallassen resistencia en la entrada, é questos estuviessen secretos, sin que fuessen vistos. É con su persona tomó el gobernador veynte hombres de pié, é con ellos estuvo en su apossento, porque estos tuviessen cargo con él de prender la persona de Atabaliba, si cautelosamente viniessen, como paresçia que venia, con tanto número de gente como traia: é mandó que fuesse tomado á vida, é á todos los demás mandó que no saliesse alguno de su possada, aunque viessen entrar los contrarios en la plaça, hasta que viessen soltar la artilleria. É dixo qué ternia atalayas para que viendo que venian de mal arte, avisáran quando oviesse de salir, é saldrian todos de sus apossentos á caballo, quando oyessen decir *Sanctiago*. Con este conçierto qual es dicho estuvo el gobernador esperando que Atabaliba entrasse, sin que en la plaça paresçiesse español alguno, salvo el atalaya que estaba dando aviso de lo que via en la hueste é campo de Atabaliba; y el gobernador é su capitan general, su hermano, Hernando Piçarro, andaban requiriendo los apossentos de los chripstianos é viendo cómo estaban aperçebidos é á punto para salir, quando fuesse menester, como hombres determinados de morir ó vençer: é decíanles á todos que hiçiesse de sus coraçones fortaleças, pues vian que no tenian otras ni otro socorro ni ayuda sino la de Dios, que socorre en las mayores nesçessidades á los que andan en su serviçio. É acordábanles que aunque la moltitud de los enemigos era tanta, como vian, é que pa-